

OFRENDA LÍRICA A DON LUIS DE GÓNGORA

JUANA CASTRO MUÑOZ
ACADÉMICA CORRESPONDIENTE

¿Por qué escribe Góngora? Hijo de Francisco de Argote y de Leonor de Góngora, nace en Córdoba en 1561 y empieza a leer los libros de la biblioteca de su padre. En Córdoba, una ciudad de provincias, su “rincón”. *Pasos de un peregrino son errante*, escribe en la dedicatoria de *Las Soledades*. El que lee se siente extraño. El que lee ha empezado a degustar palabras. Con quince años se va a estudiar a Salamanca. Cuando vuelve, a la edad de diecinueve, ya hay poemas impresos y fechados para la historia.

*Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni yo iré a la escuela.*

El romance *Hermana Marica* lo escribió entonces, en 1580. El ambiente culto de Salamanca, los libros que sigue leyendo y la lejanía de Córdoba son la levadura que va a transformarlo desde dentro. ¿Por qué se escribe? Se escribe porque uno está solo, porque se siente extranjero. Se escribe porque el mundo es extraño. Se escribe para defenderse de la soledad o para defender la soledad, cualquiera sabe. El mundo es inmenso, está lleno de signos, cosas, calles, es un gigante inaprensible y uno no sabe por dónde empezar. Uno es muy pequeño, muy débil, y lo que tiene al lado es un laberinto. Y uno empieza a juntar palabras.

*Levantéme a la armonía,
y, cayendo al esplendor,
o todo me negó a mí,
o todo me negué yo.*

Palabras. Las junta, las separa, las trae desde muy lejos, las envuelve, las piensa, las rescata, las trae y las lleva. Porque las palabras nos traicionan a cada momento es por lo que se hace necesario escribirlas. Porque el mundo es áspero y hostil y mantiene una batalla desigual con nosotros es por lo que urge reordenarlo. Al Góngora niño y al Góngora adolescente las palabras le fascinan. Su madre, a Luis de Argote y Góngora, le ha enseñado a hablar y le ha mostrado el mundo. La lengua materna de don Luis que le enseña su madre. Cantidad de canciones, adivinanzas, romances. Cantidad de poemas y de cuentos. Luego, don Luis aprende que es posible otro mundo, otro mundo reorganizado en el lenguaje y a partir del lenguaje. El mozo don Luis aprende muy pronto que

el orden de las palabras, sus acentos y su sonoridad y sus músicas no son en balde. Que hay una música secreta que es posible dilatar y fijar. Y decide que el apellido de su madre, doña Leonor, debe ir delante, por cuestiones de música y de lengua, por cuestiones de amor: que él no se llamará “de Argote y Góngora” sino “de Góngora y Argote”. Que un esdrújulo, Góngora, será ya su santo y seña.

Ya está solo don Luis. En Córdoba es posible estar solo. Quizá es posible estar solo en cualquier lugar. Pero Córdoba es la luz y es la memoria de todas las memorias, y las columnas y las paredes y las piedras asisten a la presencia del tiempo. Se escribe para mostrar la soledad y se escribe para exorcizar la soledad. Se escribe porque uno está solo en Córdoba y porque Córdoba está sola. Pero el escribir redime de la soledad, porque al escribir se ejercita un poder. Y desde ese poder se sabe que se puede vivir de otra manera. De otra manera. Haciendo ver esa otra realidad que uno ya ha visto y que trata de crear en la poesía.

Por el lado materno había un tío cura. Don Luis de Góngora va a ser racionero y recibe primero las órdenes menores y luego las mayores. El suplicio de los poetas es tener que ocuparse también de lo prosaico de la vida, que es el comer y otros asuntos. Y entre el escribir y el comer, el viajar. El peregrino está de paso, y para serle fiel a su ciudad debe alejarse. Hay que alejarse de Córdoba, tan lejana y tan sola, y ver de abrirse camino entre la gloria. La gloria, que no es sino la corte. El rey y los señores. Capellán del rey Felipe III llegó a ser don Luis, que para entonces era ya poeta muy famoso. ¿Y qué hace un poeta en la corte? Cuando llega, un poeta se siente digno entre los dignos, importante entre los importantes. Un poeta en la corte está contento, porque el poeta va desde su soledad al mundo, y desde los demás hasta su soledad, pero le dura poco. Cuando el poeta descubre que la corte no es limpia, que las emboscadas y las conspiraciones y las envidias son el pan nuestro de cada día, se pregunta para qué. Qué pinto yo aquí.

*La envidia aquí su venenoso diente
cebar suele, a privanzas importuna.
Camina en paz, refiérela a tu gente.*

Un pobre hombre en la corte. El conde de Lemus y el duque de Feria que no lo llevan a Nápoles ni a Francia, prefiriendo a otros poetas; la riqueza y el desperdicio y la lisonja y la mentira.

*Guardad entre esas guijas lo risueño
a este dómine bobo que pensaba
escaparse de tal por lo aguileño,
celebrando con tinta y aun con baba,
las fiestas de la corte, poco menos
que hacérselas a Judas con octava.*

La palabra lo hace libre. En el ejercicio de la escritura está su identidad y está la armonía del mundo. En la palabra uno encuentra su redención y la venganza de su humillación. En la escritura está la única victoria. El poder está en la palabra, y uno se sabe portador de una revelación, que es la de la belleza. El conocimiento de las cosas que no es el conocimiento racional, sino otro que es un conocimiento global, intuitivo, y que tantas veces penetra por los sentidos. Lo que se escribe es lo que se percibe, y eso sólo puede transmitirse en otro lenguaje, que es el de la poesía.

*Era del año la estación florida
 en que el mentido robador de Europa
 -media luna las armas de su frente,
 y el sol todos los rayos de su pelo-,
 luciente honor del cielo,
 en campo de zafiro pace estrellas.*

Ya no más fama, ya no más gloria. Sólo la palabra. Tan sólo la poesía. Crear otro mundo de palabras superior, más armónico. Forjar las palabras, endurecerlas, esclarecerlas, devolverles su intensidad, bruñirlas. La poesía en sí y para sí. Saber y ver la sustantividad de la poesía, su independencia, su superioridad, su soledad. La poesía, ya, toca lo divino. Todo lo que es real se adelgaza, y ya sólo lo creado existe. Es grandiosa, porque grandioso es lo que el poeta ve. Y tiene que crearlo. La poesía pura.

Cuando escribe su *Fábula de Polifemo y Galatea* y cuando escribe sus *Soledades* Luis de Góngora es un gigante, está creando el universo. El gigante de un solo ojo que ha elegido la virtud de las palabras sobre todas las cosas. Sólo el juego de las cartas lo esclaviza. Las cartas, ese otro orden a imagen del mundo, con sus reglas, que tampoco es el mundo, aunque esté en el mundo. Jugar para ganar. Jugar y perder. Volver a jugar para ganar. Alguna vez ganar, pero siempre perder. El poeta es un perdedor. Perdedor en la vida, perdedor en la corte, perdedor en las cartas. El poeta mira a Córdoba, a esa fidelidad que él llama su lugar, su huerto, su rincón, y adonde sabe que va a volver para no regresar. *Pasos de un peregrino son errantes*. El amor de don Luis es siempre Córdoba, su paraíso, el lugar de su infancia, allí donde aprendió las primeras palabras y donde descubrió que las palabras creaban el mundo, otro mundo y su música. Al poeta siempre le queda Córdoba. El poeta es un perdedor, un pobre hombre desafortunado en la vida, desafortunado en la corte, y desafortunado en el juego. Pero se sabe elegido por dos paraísos: el de la poesía, que es paraíso en el tiempo, y el de Córdoba, que es paraíso en el espacio.

Palabra en el tiempo es la poesía. Afán de hacer perdurables los instantes. De recoger la fugacidad de las cosas. De hacer transitable el camino que va desde el ser hasta la muerte. Pintar, apresar, recoger los trechos de esa larga hilera de cosas por suceder que son el horizonte de la muerte. Don Luis no quiere la muerte, don Luis canta a la vida. Si la poesía en otros poetas es llanto, llanto por el vivir, llanto por la soledad, llanto por la muerte, llanto por el amor, en Góngora es goce, es amor por la vida y la belleza.

La espina del tiempo, una melancolía. Nadie puede ser absolutamente feliz, ni siquiera el poeta. Para transitar por el lenguaje, para traducir las músicas de la naturaleza, para decir el amor, para empuñar la pluma también, el poeta es compañero de la melancolía, ese estado sereno que no es la alegría pero tampoco la pena. Un estar en paz consigo pero alertado, sabiéndose herido.

*Aprended, flores, en mí
 lo que va de ayer a hoy,
 que ayer maravilla fui
 y sombra mía aún no soy.*

La sombra, la culpa, la memoria, el origen quizá. La poesía nos pone en el camino, nos devuelve al sueño inicial.

Entre espigas crepúsculos pisando.

Esa hora del atardecer que es la belleza, entre espinas. No “pisando espinas” ni “admirando crepúsculos”. Las espinas están ahí, son una parte del camino, pero el peregrino pisa crepúsculos, y ahí el misterio, la medida de su grandeza; la distribución de los acentos, que bajan y suben como una ola, la presencia de los sonidos “eses”, y el esdrújulo “los crepúsculos”, que son atardeceres pero son mucho más, esa palabra musical que es como una flor, como la flor de las espinas: el peregrino es un dios.

La poesía es el carro que nos arrebató a lo alto, como a Elías el fuego. La poesía es también la lucha con el ángel por subir a la escala. Y es también la entrega sin condiciones, la entrega sin fisuras, la entrega total hasta hacerse vehículo.

*Vuelas, ¡oh tortolilla!,
y al tierno esposo dejas
en soledad y quejas.
Vuelves después gimiendo,
recíbete arrullando,
lasciva tú, si él blando:
dichosa tú mil veces
que con el pico haces
dulces guerras de amor y dulces paces.*

Góngora había oído la música. Y la copió, y la trasladó, y la tradujo en palabras. Palabras que venían de Grecia, de Roma, palabras que venían de la mitología, de la historia, de la naturaleza, de la vida. Góngora sabía latín. Y en Córdoba se sabía vivir.

Vivir. Esa belleza. Vivir, esa pasión. Vivir para escribir. Hasta que un día no se oye la música. La memoria es la facultad necesaria para la poesía, es la materia, la sustancia primera de la poesía, y cuando se va ya no es posible la melodía. El muchacho que conoció una fama temprana, y a quien Miguel de Cervantes elogió en *El canto de Calíope*, de *La Galatea* cuando sólo contaba veinticuatro años, ahora es un hombre avejentado y achacoso, que no puede recordar sus versos. Pero le queda Córdoba. Y a Córdoba se vuelve, a su rincón de Andalucía, a su huerto. Sabiendo que no habrá regreso, que ese es ya su último viaje. Y muere un día 23 de mayo de 1627, lunes de Pentecostés.

Góngora, esa pasión. Porque la pasión no puede dejar de ser barroca.

El poeta, enfermo, regresa a Córdoba

Despacio vengo a ti, noche y despacio
con mi dolor en puertas entornadas
porque en quietud acojas, o me añadas
a la sombra que fui sombra y espacio.

Desmemoriado y solo, a tu palacio
de quieta soledad van mis aladas
sienes, las horas de mi voz, tronchadas
en la terca pasión que nunca sacio.

Mi pena y mi lugar, de extranjería
regresa Luis de Góngora a tu planta,
memoria de tu luz, oscuro el día

del olvido y la música. Quién canta.
Música, luz, color: Córdoba mía.
Despacio y noche tú, violencia tanta.